

# Biblioteca-Films

N.º 253 La chica del rancho 25  
CIS.



RUTH  
MIX

# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:  
Calle Valencia, 234-Apartado 707

Soc. Gral. Española de Librería: Brubach, 16

**B A R C E L O N A**

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. 263

ENTRADA POR LA PUERTA CONDESA

••

THEAT GIRL OKLAHOMA 1926

## La chica del rancho

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, interpretada  
por la novel aballista

### RUTH MIX

hija del célebre **TOM MIX**

Por MANUEL NIETO GALAN

.....  
E X C L U S I V A

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

Barcelona

.....

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

---

Siendo ésta la primera producción cinematográfica en la que actúa la nueva "estrella" Rhut Mix, la hija del famoso "cow-boy" Tom Mix, procede, ante todo, hacer su presentación. La pequeña Rhut, como cariñosamente se la llama, es una preciosa jovencita de diez y seis años, de ojos negros y soñadores y tan intrépida y hábil caballista como su padre; cuyas películas, en América, están obteniendo un éxito tan resonante como el que alcanzaron las del famoso Tom Mix.

Compañero inseparable de la muchacha es su hermoso caballo, al que ella llama *Hombre*, no sabemos si por su inteligencia y su docilidad, o si, precisamente, porque no se parecen a él, en ninguna de las dos cosas, la generalidad de los hombres.

Una vez hecha esta breve y necesaria presentación, pasemos a nuestro objeto principal y trasladémonos mentalmente, por algunos momentos, al Estado de Oklahoma, uno de los más antiguos y florecientes del viejo Oeste y uno, también, de los más tranquilos. Pero esta tranquilidad, de que tan orgullo-

sos se hallaban sus habitantes, la perdió desde que empezó a andar por el mundo cierta muchacha, con instintos de muchacho, de lo más travieso que puede imaginarse.

Una de sus muchas diabluras consistía, desde que Rhut cambió la niñera por el caballo, en darle a su padre cada susto, de esos que son capaces de ponerle de punta los pelos a un calvo.

Hacia varios días que papá Payson, el padre de la muchacha, se hallaba en la ciudad, cuando Rhut, el día de su regreso, se apostó en una cuneta de la carretera y esperó disfrazada de bandido la llegada de la diligencia. La tranquilidad que siempre había reinado por aquella comarca hacia que los viajeros viajasen completamente confiados y por eso fué mayor su sorpresa cuando vieron aparecer de pronto a un foragido, que encañándolos con su pistola, los hizo descender del carruaje, gritándoles:

—¡La bolsa o la vida!

Pero su padre la reconoció en la voz, y arrancándole el bigote postizo que llevaba, dejó al descubierto el pícaro rostro de la muchacha, que al verse descubierta saltó sobre *Hombre* y partió como una exhalación hacia el poblado.

—¡Demonio de muchacha, qué gracia tiene! — exclamó uno de los viajeros, cuando se le hubo pasado el susto.

—Tendrá gracia para usted, pero a mí no me ha hecho ninguna—respondió una jamaica, que venía también en la diligencia.

—Porque usted le tiene miedo a un mosquito, señora—contestó el que anteriormente había hablado.

—No será por la valentía que usted ha demostrado—exclamó la mujer—. Le he visto temblar como un azogado.

—Señora, yo no tiemblo más que ante una bruja, como usted—le dijo el otro indignado de que le hubiera llamado cobarde.

Y la señora, que indudablemente tenía mucho mayor el brazo que el miedo, lo alargó y le dió una tremenda bofetada.

Los demás viajeros intervinieron en la discusión, y restablecida, poco después la calma, volvieron a subir a la diligencia y se encaminaron nuevamente hacia el poblado, donde Rhut había entrado ya, sembrando el pánico, como de costumbre, con sus fantásticas carreras.

El jefe de la policía local, que oyó el griterío, salió a la puerta de su casa y al ver a Rhut, exclamó irridadísimo:

—Ya está ese diablillo de muchacha corriendo y molestando a todo el mundo. Un día la voy a encerrar en la cárcel, para ver si escarmienta.

—Yo se lo agradeceré mucho—exclamó

Papá Payson, que acababa de llegar y había oído las palabras del policía.

Se volvió éste y al ver al padre de la muchacha exclamó:

—Le advierto que no lo he hecho ya por consideración a usted.

—Déjese usted de consideraciones y métala en la cárcel, aunque sea para toda la vida. No necesitó más el jefe de policía para llamar a sus hombres y ordenarles.

Acorralar a Rhut hacia el atajo, para que no tenga más remedio que entregarse.

Pero esto que parecía tan fácil, al decirlo, era bastante más difícil al llevarlo a la práctica.

En cuanto la joven se dió cuenta de que pretendían prenderla, subió sobre su caballo y emprendió veloz carrera por el campo. Para ella no había obstáculo que no saltase, ni pendientes por las que no bajara con tan extraordinaria rapidez, que hasta sus mismos perseguidores, hombres elegidos entre los mejores caballistas, quedaban asombrados de la agilidad de la muchacha. No obstante, continuaban su persecución, acorralándola hacia el atajo, seguros de que, por mucha que fuese su intrepidez, nunca sería capaz de lanzarse al río desde aquella altura. Pero sus esperanzas se vieron fallidas, puesto que Rhut, sin pensarlo un instante, animó a Hombre con un grito cariñoso, y el noble animal

se lanzó al espacio. Poco después, caballo y amazona salían del río y emprendieron a toda marcha el regreso hacia el rancho, sin que sus perseguidores pudieran darles alcance.

—¡Bien, *Hombre*, bien!—exclamó la muchacha, acariciando al caballo—. Te has portado como un valiente y mereces que te dé un beso, aunque no sea muy correcto que una señorita haga eso.

Corrió luego en busca de su padre y le dijo, riéndose a más no poder:

—Si vieras qué carrera se han dado inútilmente esos pobres policías... Tienes una hija, papá, de la que debías estar orgulloso.

—Lo que estoy es ya cansado de tus locuras y estás acabando con mi paciencia—le regañó su padre.

La muchacha que conocía de sobras el cariño que éste la profesaba, empezó a acariciarlo y cómicamente le reprendió su dureza, diciéndole:

—¡Papá... qué hablas con una señorita!... Procura ser más galante otra vez.

Aquellas caricias desarmaron por completo al buen padre y aun hizo un esfuerzo para continuar su seriedad y decirle:

—¡Sí... muy señorita y muy zalamera cuando te conviene!

—Y, queriéndote mucho también ya lo sabes—volvió a decirle Rhut, sin cesar en sus mimos, hasta que se fué su padre, riéndose



Corrió luego en busca de su padre y riéndose le contó su aventura.

interiormente de las travesuras de aquel diablillo, que lo tenía por completo conquistado.

En el rancho existían dos hombres de confianza de Papá Payson, pero los dos de sentimientos completamente opuestos. El uno era Lucas, el capataz del rancho. Un hombre que, sin olvidar el presente, pensaba asegurarse el porvenir, por cualquier medio que fuera; y el otro, Tomás Morley, un simpático muchacho que había estado en el frente francés y que había vuelto de allí sin saber nada de los peligros que le rodearon, ni de las mujeres, ni menos del amor...

Desde hacía algunos meses venían sucediéndose robos de ganado y fue inútil que Payson desplegara toda su vigilancia y la de sus hombres para poder capturar a los ladrones. El mismo día que llegó de la ciudad, Lucas le dio cuenta de un nuevo robo, diciéndole:

—Han espantado otra vez el ganado en el pago de Cala Seca y se han llevado una punta.

—¡Esos miserables van a terminar con mi hacienda!—exclamó abatido el pobre Payson.

—No se espere, patrón—exclamó Tomás—. Los ladrones no pueden estar muy lejos todavía y voy a salir en su persecución.

Sin decir más, montó a caballo y al poco rato se dio cuenta de que a su lado cabalgaba también Rhut, y le preguntó extrañado:

—¿Adónde vas tú?

A ayudarte a detener a los ladrones — respondió la muchacha.

Entre los dos jóvenes existía una fuerte amistad, algo más todavía, un lazo íntimo, que ellos no se habían atrevido, o no habían sabido definir, y que los hacía buscarse continuamente, como si no supiera vivir el uno sin la compañía del otro. No obstante, en aquella ocasión Tomás temió por la muchacha y le dijo:

—No debías haber venido. Estas cosas son para los hombres y las mujeres no deben meterse en ellas.

—Pues yo le demostraré como sí seré necesaria—respondió Rhut, molestanda porque Morley la considerase inferior a él—. Te han dicho ya tantas veces que eres valiente, que has llegado incluso a creértelo, pero quiero convercerte que yo lo soy más.

De sobra conocía Tomás el carácter de la joven, sabía que ningún razonamiento la haría desistir de su propósito y terminó diciéndole:

—Puesto que te empeñas, formemos nuestro plan de ataque. Tu vete por la pista, que yo cortaré por el atajo. Al pie del barranco nos encontraremos.

Y puestos de acuerdo, partieron los dos en persecución de aquellos desconocidos ladrones que amenazaban con dejar sin una cabeza de ganado al rancho de Papá Payson.

Mientras tanto, Lucas se había internado por un camino, tan solamente conocido por él y llegó a donde le aguardaban sus hombres a quienes les advirtió:

—Hay que andar con mucho cuidado, que ese mal bicho de Tomás empieza a sospechar algo.

—Si usted me dejara a mí ya le arreglaría yo las cuentas—exclamó uno de los compinches, con cara de pocos amigos.

—No puede ser—le contestó el capataz—, la justicia tomaría cartas en el asunto y siempre se sale perdiendo.

—Es que las cosas se pueden hacer de forma que nadie sospeche nada—volvió a insistir el que primeramente había hablado.

—Ya te he dicho que no, Jim—insistió Lucas—. Yo me marcho ahora al rancho, mientras tanto vosotros conducid el ganado al pueblo, antes que Tomás pueda salirnos al encuentro.

Pero Tomás y Ruth, por otra parte, les habían tomado la delantera y cuando los ladrones intentaban conducir las reses robadas hacia la estación, los sorprendió Ruth, quien abalanzándose sobre uno de ellos, lo encañonó con una pistola y le dijo:

—¿Es decir, que eres un trabajador de nuestro rancho y te dedicas también a robarnos?

—Yo he hecho lo que me han mandado—respondió el prisionero.

—Pues te va a costar caro el obedecer—exclamó nuevamente la muchacha.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Decirle a mi padre que te despida... ¡Eso es todo!

Los demás hombres que se habían dado cuenta de la situación en que se encontraba su compañero corrieron en su auxilio y mal lo hubiera pasado la joven si Tomás no llega a acudir en su ayuda.

Los ladrones se acercaban por detrás para sorprenderla y en el momento en que uno de ellos intentaba apoderarse de la muchacha, Tomás le echó el caballo encima, cogiendo a Ruth por la cintura la subió a su caba/gadura y huyó de aquel sitio donde tanto peligro corría la pequeña. Esta, al ver que su amigo la apartaba de donde estaban los ladrones y dejaba a éstos en libertad, tubo la sospecha de que también él era cómplice de aquellos robos y exclamó:

—¿Por qué me has quitado de allí?

—Porque podría haberte ocurrido algo desagradable—respondió su compañero—. Esos hombres son capaces de cualquier barbaridad y nada adelantáramos con apoderarnos de ellos. Es preciso coger al que los manda y acabar de una vez para siempre estos robos.

La explicación que acababa de darle no

convenció del todo a la muchacha y volvió a decirle:

—La culpa de que se me escapen la has tenido tú... parece que tienes algún interés en ello.

Tomás adivinó la sospecha de la muchacha y dolorido en lo más profundo de su corazón, no tuvo valor ni para responderle. Jamás hubiera creído que Ruth sospechara de su honradez y ante las palabras de la joven montó de nuevo y marchó dejándola sola.

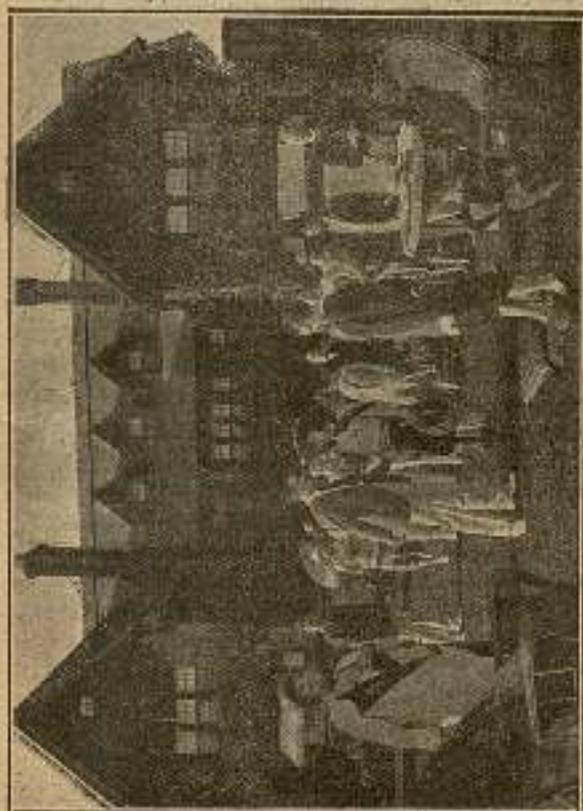
Al momento comprendió la pequeña "cow-boy" la ligereza que había cometido y estuvo a punto de correr tras él para pedirle que la perdonara. Su cariño por Tomás le acusaba de haber estado injusta y avergonzada de sí misma volvió lentamente hacia el rancho.

En él se encontraba ya Lucas hablando con el dueño y le decía:

—Por más que he corrido y he buscado con varios hombres todos los alrededores, no hemos podido encontrar rastro de los ladrones. Sin duda deben haber caminado por la noche.

—Lo lamentable del caso—contestó Papá Payson—no es este robo, sino que si no ponemos coto de una vez, seguirán sucediéndose. ¿Usted no sospecha de nadie aquí?

—Como sospechar, sospecho de uno y estoy seguro de que acertaría—replicó intencionadamente el capataz.



—Saloonito nuevo podrá revistar que le gana la vida.

—¿De quién?—preguntó el dueño del rancho.

—Mis sospechas han recaído siempre sobre Tomás—le contestó con seguridad Lucas.

—No es posible—exclamó Papá Payson—. Tomás es un muchacho que se ha criado, desde pequeño en mi casa y no le creo capaz de hacer eso.

—Ya sabe usted lo que dice el refrán: "Cria cuervos y te sacarán los ojos", y para mí este Tomás es uno de esos pajarracos.

—¿Pero en qué funda usted sus sospechas?

—Ya no son sospechas, son casi seguridad—continuó diciendo el capataz—. Desde que comenzaron los robos le hice vigilar y siempre se le ve por los mismos sitios por donde ha pasado el ganado. Será casualidad, pero siempre que se pierde una punta de ganado se ve a Tomás en la misma dirección.

A pesar de aquellas palabras acusadoras, Papá Payson no podía quitarle crédito. Tomás se había criado desde pequeño en el rancho y cuando terminó la guerra volvió nuevamente a él seguro de que sería admitido con el mismo cariño, pero el capataz para confirmar más aun su acusación señaló hacia donde venía el muchacho y le dijo:

—Fíjese por donde viene, por el mismo lado por donde ha tenido que pasar el ganado. Será coincidencia, pero siempre ocurre lo mismo.

Y seguro de haber engendrado las sospechas en el ánimo del dueño se alejó del lugar con la conciencia tranquila, como el que acaba de hacer una buena obra de caridad.

Al poco rato de llegar Tomás llegó también Ruth y se puso a acariciar su caballo. Se sentía pesarosa por la sospecha que había sentido hacia su fiel amigo y veía alejado a éste de ella, sin que tampoco se atreviera a llamarlo. De pronto, cuando menos lo esperaba, sintió que la besaban y al levantar la cabeza vió a su lado a Tomás.

—¡A traición!—exclamó la muchacha, cómicamente indignada.

—¿Es mi despedida, Ruth!—contestó tristemente—. Me voy lejos... muy lejos!

—¿Crees, acaso, que papá te dejará marchar?—exclamó la joven, para no decirle que quien no le dejaría marchar sería ella.

—Si no me deja, me marcharé igualmente, tan pronto como termine una misión que me he impuesto—replicó él.

—¿Quieres que yo te ayude?—le preguntó Ruth.

—No; la misión que tengo que realizar he de hacerla yo, únicamente—repuso Tomás, alejándose de la muchacha, que sintió que sus ojos se le llenaban de lágrimas.

Si alguno le hubiera preguntado el motivo de aquel llanto ni ella misma lo hubiera podido decir. Sentía una infinita tristeza al sa-

ber que se iba a separar de su mejor amigo; pero nunca hubiera podido descifrar aquel sentimiento con su verdadero nombre, o sea con el de amor. Desconocido por completo lo que era esto y sólo sabía que apreciaba a Tomás, como a ningún otro hombre del rancho.

Junto al rancho de Papá Payson se hallaba el de la señora Clyde Smithson, una señora que vivía continuamente en la ciudad y que despreciaba toda aquella gente, considerándola muy inferior a ella.

La vida de lujo y fiestas que llevaba en la ciudad había ido mermando su no muy crecida fortuna y en la actualidad se veía próxima a la ruina. Para evitarla se había decidido a pasar varios días en el rancho, en compañía de su hija Juanita, y teniendo como invitado a Wes-Lampson, muchacho de lo más rico de la población y a quien pensaba casar la señora Clyde con su hija.

Sin embargo, ni uno ni otro se sentían muy atraídos hacia aquel casamiento; pero, Juanita, comprendiendo que el único medio de continuar la espléndida vida que llevaba era el del matrimonio, lo deseaba también, como su madre, y ponía de su parte, cuanto le era posible, para seducir al rico muchacho.

A diario solían dar largos paseos a caballo; pero a pesar de todos los ardides seductores de Juanita, Wesley no llegó nunca a

confesarle aquel amor deseado, por la muchacha, y que él no sentía.

Wesley había aprendido a montar a caballo en una escuela de equitación por correspondencia, pero su cabalgadura era analfabeta y no había podido darse cuenta de ello y en la primera ocasión que tuvo lo derribó y pretendió desembarazarse de aquel desastrosos jinete. Al caer Wesley se quedó con el pie sujeto al estribo y ante el estupor de su compañera el animal emprendió una veloz carrera llevando a rastras al jinete. La muerte que le esperaba al pobre muchacho era segura y horrible. Iba rebotando por el suelo y a sus gritos, Juanita no sabía hacer otra cosa que responder también con gritos de espanto. Desde lejos vio Ruth lo que ocurría y poniendo su caballo en persecución del otro, no tardó en llegar cerca de él. Con gran maestría lanzó el lazo sobre la silla del fugitivo animal y aquél, después de silbar el aire, vino a euroscarse sobre la montura. El caballo, imposibilitado de seguir corriendo, terminó por pararse y Ruth se acercó inmediatamente a auxiliar al herido, que le agradeció su acción, diciéndole:

—Señorita, nunca podré olvidar que le debo la vida. Me ha salvado usted de un gravísimo peligro.

Juanita se había acercado al grupo que formaban los dos y para demostrarle que

aquel hombre le pertenecía, le dijo intencionalmente:

—¡Los dos... los dos le quedamos muy agradecidos!

—Esto no tiene importancia—exclamó la muchacha—. Aquí sucede muy a menudo y es una obligación nuestra auxiliarnos.

Wesley no pudo apartar los ojos de la joven, y a medida que hablaban, mayor era la simpatía que sentía por ella. Era tan ingenua su charla, tan dulce la mirada de sus ojos, que Wesley, con el deseo de poder volverla a ver, le preguntó:

—¿Usted vive por aquí?

—Nunca me he apartado de estas montañas que las quiero como si fueran mías—respondió la muchacha—. Mi padre es dueño de este rancho y aquí me he criado desde pequeña.

—Entonces, ¿no conoce usted la ciudad?—le preguntó nuevamente él.

—Jamás me he ido a ella, pero tengo deseos de conocerla—respondió Ruth.

Juanita había comprendido la impresión que había causado en el ánimo de su acompañante la presencia de la joven y procuraba por todos los medios, aunque sin conseguirlo, el acaparar la atención de Wesley. Este la oía hablar con la galantería innata en él, pero sin la atención y el interés con que seguía la conversación de Ruth.



El criado que salió a recibir a la invitada...

A pesar de su decisión de abandonar el rancho, no por eso Tomás dejaba de seguir todos los pasos de Ruth y al verla en compañía de un hombre, impulsado por los celos, se acercó a ellos y los acompañó hasta el rancho de la señora Clyde.

Cuando volvieron nuevamente al suyo, Ruth, acordándose de la buena acogida que le había dispensado aquel señor tan elegante de la ciudad, le dijo:

—¡Qué amable ha estado conmigo el señor ese! ¿Verdad, Tomás?

Este sintió nuevamente la mordedura de los celos y contestó despechado, para vengarse de la muchacha:

—No me he fijado. Yo estaba mirando a ella que es muy bonita y que no me quitaba ojo de encima.

Ruth sintió una rabia inexplicable ante aquellas palabras y echándole el lazo lo amarró fuertemente a un árbol, a la vez que le decía:

—Te he atado para que no robes más, aun que sean besos, como esta mañana.

Y corrió al interior de la casa en busca de su padre, para decirle lo que había ocurrido.

Wesley tenía idea de que los vaqueros madrugaban mucho y él, al día siguiente, también madrugó, pero no para montar a caballo otra vez, sino que cogió el soberbio automóvil y salió, para ver si encontraba, por casualidad, a su bella salvadora.

Juanita que había adivinado el motivo de aquel paseo, le dijo a su madre, después de referirle el accidente ocurrido el día anterior.

—Mamá, yo creo que ese paseo no tiene otro fin que el de volver a ver a la muchacha cerril, que nos encontramos ayer.

—Entonces hay que salir a su encuentro para impedir que se hablen solos—exclamó la madre.

Y, momentos después, la mamá y la niña fueron en busca del fugitivo, pero no en un Roll's Royce precisamente, sino en un simple cochecillo del rancho, que a cada momento amenazaba con despedir a sus ocupantes.

Tal como lo había pensado Wesley le sucedió. A poco de caminar se encontró con la pequeña vaquera, que quedó sorprendida con el agradable encuentro.

—¿Se encuentra usted mejor?—le preguntó Ruth, refiriéndose al accidente sufrido.

—Ya estoy completamente bien—repuso el joven—. Y en agradecimiento, la invito a dar un paseo en auto.

No se hizo repetir el ofrecimiento. Bajó del caballo, lo ató a la parte trasera del coche y ella subió al lado de Wesley, que le dijo:

—Esté segura de que no me olvidaré nunca de usted, ni del servicio que me prestó usted.

—Ya le dije que eso no tenía nada de particular, cualquiera, en mi caso, hubiera hecho lo mismo—respondió.

—¿Y sabe usted una cosa?—siguió diciéndole él—. Desde que usted me salvó creo que todo esto es mucho más hermoso.

—Claro, la alegría de creerse muerto y verse sano y salvo—exclamó Ruth.

—No, no es eso—continuó Wesley—. Me

parece que en este cambio influye mucho el haberla conocido.

A pesar de que la insinuación no podía ser más directa, Ruth no se dio cuenta de ella y siguió hablando y enumerando todas las bellezas que, para ella, encerraba la vida en aquellos campos.

Cuando terminaron el paseo Wesley acompañó a la joven hasta su rancho y en él se encontró con Juanita y su madre, quien exclamó al verla llegar:

—No te apures, Juanita, esa muchacha ya es nuestra. ¡La invitaré a que vaya a vernos a la ciudad, lejos de su ambiente, y ya verás como Wesley encuentra la diferencia que existe entre una vaquera y una señorita.

—Esperó a que llegara Ruth y poco después, le dijo afectando un tono cariñoso:

—Me he enterado de su acción de aver y he venido personalmente a darles las gracias. Espero que nos hará una visita a nuestra casa de la ciudad, donde le haremos un digno recibimiento.

—Mi papá pondrá el grito en el cielo; pero yo iré, se lo prometo.

Sucedió tan como lo había supuesto Ruth. Cuando Papá Payson se enteró de los deseos de su hija de ir a pasar varios días a la ciudad, le dijo:

—Eso es una locura que no puedo consentir. ¿Crees tú que estás en edad de ir de

un lado para otro, como si fueras un hombre?

—Mira, papaito—le contestó Ruth, mientras lo acariciaba—, no te pongas feo que no te voy a querer. Déjame ir, que ya verás como no me sucederá nada malo.

—Bueno, haz lo que quieras, pero te advierto, pequeña, que vas a sentirte como gallina en corral ajeno.

Y Ruth, más contenta que unas pascuas, empezó a hacer sus preparativos de viaje, mientras que Tomás seguía sin descanso su trabajo, para descubrir el verdadero culpable de los robos del rancho.

Ruth había ofrecido la visita y días después, cumplió su promesa, presentándose en la ciudad. Al llegar ante la suntuosa morada de la señora Clyde, quedó maravillada de su magnificencia y exclamó, acariciando a "Hombre":

—Si el pienso es como la casa, menudos banquetes te aguardan.

La dueña esperaba a su huésped con una fiesta deslumbrante, para que fuese mayor el contraste entre uno y otro ambiente, con el fin de desprestigiar a la infeliz muchacha, que de una forma tan sencilla había caído en la trampa.

Un criado salió a recibir a la invitada y poco después anunció en el salón a la recién llegada, diciendo:

—No sé si es que viene disfrazada de más-

cará o es una vaquera auténtica la muchacha que acaba de llegar y solicita ser recibida por la señora.

—Ya está aquí la joven que os he dicho! —exclamó la señora Clyde, dirigiéndose a los que se hallaban presentes. Pero éstos, entretenidos con el baile de una muchacha, que era un verdadero "as" en eso del charlestón, se ocuparon muy poco de la advertencia de la dueña, hasta que vieron entrar a Ruth.

—Su vestido resulta muy original y muy interesante para estas personas de la ciudad. No se lo quite, por favor—le dijo la señora Clyde, para que sus invitados reparasen en el vestuario de la joven.

Y desde este momento empezó la broma a costa de la pobre muchacha, que ajena a todo, seguía sin malicia alguna todas las chigotas de aquella gente.

Un rato después entró Wesley y en cuanto vio a Ruth, se fué decididamente hacia ella para invitarla a bailar. Aceptó la muchacha; pero pronto se dió cuenta del ridículo tan espantoso que estaba corriendo. Por muchos esfuerzos que hacía le era imposible seguir a la música y cada paso que daba era un enorme pisotón que propinaba a su enamorada pareja.

—Le estoy haciendo a usted los pies polvo



...y vino a dar con su cuerpo a tierra...

—exclamó Ruth, después de uno de sus enormes pisotones.

—No se preocupe — contestó Wesley—. Baila usted admirablemente.

Aun no había acabado de decir estas palabras cuando un nuevo tropezón vino a dar con su cuerpo en tierra, entre las risotadas de toda aquella gente.

Se levantó avergonzada y se acercó a la señora Clyde, para decirle:

—Agradezco mucho su invitación, pero

comprendo que debo marcharme. No estoy aquí en mi centro y hago el ridículo.

—Lo que le ha sucedido no tiene nada de particular. Yo lo deploro mucho y no creo que sea motivo para que se marche. Quédese, se lo suplico.

—Yo también se lo ruego—dijo Wesley, acercándose a ella—. Hágalo, aunque sólo sea por mí.

Y por él, solamente por él, se quedó Ruth.

Cuando aquella noche quedó sola en su cuarto, Ruth, por primera vez en su desenfrenada carrera por la vida, se dejó dominar por otra voluntad, y por primera vez también pensó que era mujer, y como mujer soñó.

Se vió de pronto convertida en una de aquellas muchachas que había en la fiesta, adornada con uno de sus pomposos vestidos, bailando admirablemente y solicitada por un sin fin de admiradores; pero entre todos estos pensamientos, la figura elegante de Wesley sobresalía y hasta creyó percibir cerca de ella la boca de él, que venía a robarle, lleno de pasión, un beso. De pronto el sueño se deshizo y la realidad, la triste realidad de lo que le acababa de suceder, le mostró el camino que había de seguir.

¿A qué quedarse allí más tiempo?... ¿Acaso podría cambiar su manera de ser en el transcurso de unas pocas horas? Lo mejor

de todo era huir, huir cuanto antes y sin que nadie la viera.

La lección que le acababa de dar la vida hizo pensar a Ruth que Tomás merecía ser tomado más en serio que ella lo había tomado y con este propósito volvió de nuevo a su rancho, completamente desilusionada de la vida de la ciudad.

—Me alegro mucho de tu regreso, hija mía—le dijo su padre, cuando se enteró de lo que había ocurrido—. Pero si vieras que tranquilo ha estado el pueblo y sus habitantes desde que tú te marchaste.

—Ahora no tendrá que regañarme más—exclamó Ruth—. Vengo completamente transformada. Dicen que viajando se aprende, y yo he aprendido mucho en este viaje.

—Dios lo quiera—respondió su padre—, porque ya te digo, del pueblo el único que te ha echado de menos ha sido Tomás, quien, por cierto, dice que nuestro capataz sabe bastante de las pérdidas de nuestro ganado.

—¡Pobre Tomás!—exclamó Ruth— ¡Qué mal me he portado con él! Voy a buscarlo. Me han dicho el camino que tomó al salir y no tardaré en encontrarlo.

Entre tanto, Tomás, siguiendo el plan que se había propuesto seguía de cerca a los ladrones, hasta que pudo descubrir a uno que estaba guardando las últimas cabezas robadas.

De un saltó cayó sobre él y amenazándolo fuertemente por el cuello, le dijo:

¡O cantas quién os manda hacer esto, o te aseguro que no te ha de servir ya el ganado para respirar!

—¿Es el mismo capataz! —exclamó el otro, viendo que su enemigo estaba próximo a cumplir su amenaza—. Ahora va camino del pueblo, para empujar el ganado que vamos conduciendo.

Tomás dejó al infeliz en el preciso momento que llegaba Ruth. Pero no tuvo tiempo de decirle nada, puesto que los compañeros del prisionero cayeron sobre ellos y el que parecía mandarlos, después de que los hubieron suarrado a un árbol, exclamó, riéndose satánicamente:

—Ya que han averiguado lo que querían saber, vamos a darles un remedio para que lo olviden.

De una casucha, que parecía armínada, extrajeron un barril de pólvora, le colocaron una mecha encendida y dejándolo a los pies de los dos jóvenes se alejaron, diciéndoles:

—Cuando lleguéis al final del viaje, escribis.

—Pero, cómo estás tú aquí?—preguntó Tomás.

—Ya ves, cosas de la vida —respondió tranquilamente Ruth, sin inmutarse por el eminente riesgo que corría—. Se conoce que



— Dale preso — le gritó la joven.

he venido de la ciudad para que me asen estos bandidos.

La suerte siempre termina por favorecer a los inocentes y la suerte en aquella ocasión se convirtió en "Hombre", a quien Ruth, con sus gestos, le hizo comprender que era urgente que los desatara. El animal, con un instintivo privilegiado, comprendió lo que su ama quería decirle. ¡Ya era hora! La mecha llegaba a su final y Tomás, sólo tuvo tiempo de lanzar el barril lejos de allí, donde explotó inmediatamente.

Momentos después, en el pueblo, mientras Ruth iba al rancho para comunicar lo que habían descubierto, Tomás la emprendía con el capataz, al que dijo:

—Juan nos ha revelado todo, de modo que es inútil negar, Lucas. Date preso y siempre te será favorable el que no te hayas resistido.

El capataz, por toda contestación, la emprendió a golpes con el muchacho, mas este tampoco era manco, y si de algo pecaba, era precisamente de tener una fuerza algo extraordinaria. Al poco rato quedaba vencedor y les dijo a varios hombres del rancho que estaban presentes.

—Id corriendo a avisar al amo, de que el ladrón de ganado ya no robará más por ahora. Yo me marcho a buscar a la deligencia y ahora sí que me marcho de verdad. Ni nada tengo que hacer aquí ya, ni a Ruth le importa lo más mínimo...

Los emisarios de Tomás encontraron por el camino a la muchacha, a quien le dieron la noticia de que el capataz había sido detenido, diciéndole:

—Tomás ha apresado al capataz y él se ha marchado en la deligencia, para no volver más.

Ruth no se detuvo a oír más. Como una centella corrió para alcanzar la deligencia y cuando la tuvo a su alcance vió a Tomás sentado en el pescante. Desenroscó el lazo

que llevaba atado en la delantera de su montura y poco después Tomás era su prisionero.

—Date preso—le gritó cuando lo tuvo junto a ella. Y de esta forma, atado, lo condujo a presencia del Sheriff.

—Este hombre es un ladrón!—le acusó.

—¿Qué ha robado?—preguntó incrédulamente la autoridad local, sin poder dar crédito a las palabras de la muchacha.

—Pues, ha robado... me ha robado el corazón—exclamó Ruth.

—Eso merece un castigo bien grande... Lo menos, lo menos, la pena de casamiento... ¿Le parece bastante?

Y a ninguno de los dos les debió parecer la pena excesiva, puesto que, sin objetar nada a la severa sentencia del "sheriff", la aceptaron encantados y hasta la celebraron con un beso, en el que ponían toda su alma.

F I N

PROXIMO NUMERO

## LADRONES A BORDO

Original comedia de asunto policiaco de gran intriga, por los célebres astros

**BERT LYTELL**  
**LOIS WILSON**

ALIAS THE LONE WOLF 1927  
19-11-25 ROYALTY

**¿Le interesan los TANGOS ARGENTINOS?**

Compre Vd. la más interesante  
colección de tangos célebres de

**BIANCO BACHILIA  
C. MARCCUCI  
LOS MEJORES TANGOS  
IMPERIO ARGENTINA  
S P A V E N T A**

Cada tomito al precio de 30 cts.

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 767, Barcelona

**NO LO OLVIDE USTED**

Que de los almanaques publicados los  
que contienen mayor interés y aten-  
dida en sus páginas, son los populares

**ALMANAQUES**

**T O M M I X — y —  
H O O T G I B S O N**

**AÑO 1929**

PRECIO ——— Pedidos a ———  
30 cts. *Biblioteca Films - Apartado 767, Barcelona*

# Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela cinematográfica

## TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París .....	Sandra y Biscot
Jules .....	René Cresté
La nueva misión de Jules .....	René Cresté
La huérfanita .....	Sandra y Biscot
Horrabla .....	Biscot y M. Montel
La conquea irresistible .....	Constance Talmadge
Parizette .....	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio .....	Mary Pickford
La amada .....	
Pimentillo .....	Dorothy Gish
El hijo del pirata .....	S. Gerard y Sandra
Los partax del amor .....	
Esposas rivales .....	Von Stroheim
La duena del mundo .....	Mya May
La tragedia del correo de Lyon .....	R. Carl y B. Montel
Ricardo Corazón de León .....	Wallace Beery
El hadriano de París .....	R. Poyen "Mimitillo"
Dorotea Verdada .....	Mary Pickford

## TOMOS A 1'30 PESETAS

El signo del Zorro .....	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia .....	Jackie Coogan
El malagro .....	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad .....	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro .....	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita .....	Mary Pickford
La quimera del oro .....	Charles Chaplin
El niño de las monjas .....	Mercedes Astolfi
El Águila Negra .....	Rodolfo Valentino
El pirata negro .....	Douglas Fairbanks
El sol de media noche .....	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie! .....	Germaine Rouer
Resurrección .....	Rud La Rogne
Jaque a la Reina .....	Mrs. y Mmc. Dullin
El Gaucho .....	Douglas Fairbanks
La Cabéña del tío Tom .....	James B. Lowe

## ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Sevrimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado, Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apariado núm. 707 - Barcelona